

EVA IBA A PROCREAR

Florencia Davidzon

Eva revolvió el polvo nutritivo en su vaso de agua, sentada en ese mismo bar donde había visto por última vez a sus dos ex novios. Su mirada se detuvo en la planta de plástico que decoraba la mesa, un triste recordatorio de la naturaleza perdida. El local, antes bullicioso, ahora estaba casi vacío, un reflejo del mundo que se vaciaba lentamente. Recordó al primero, aquel chico de su juventud que se había hecho famoso en la prensa. Sus manos gordas y su sonrisa ingenua ocultaban una verdad amarga: era un ladrón de ideas, un plagiador que se había enriquecido con el trabajo intelectual y creativo de otros. Eva sintió alivio por haber decidido no quedar embarazada de él. Su semen habría perpetuado una estirpe de mediocridad e inescrupulosidad.

** Historia inspirada en *Mujeres y caza de brujas* de Silvia Federici.



Su mente entonces viajó al segundo, el profesor, el artista. Su arrogancia y su sonrisa seductora escondían una vergüenza profunda. Eva había descubierto que no solo era un egocéntrico, sino también un cobarde que renegaba de su identidad. Firmaba como H. Juárez, ocultando su verdadero apellido, Hirsch, e inventándose un Juárez sacado de una galera; con ello intentaba borrar el legado de su familia, fundadores de colonias agrícolas judías en Entre Ríos y Santa Fe. El desprecio de aquel hombre por sus raíces le revolvía el estómago. Había sido tan estúpida al creer en las palabras bonitas que salían de su boca.

Eva encendió un cigarrillo y se quedó mirando la brasa incandescente, admirando el fuego por última vez. Tendría que dejar de fumar pensó, mientras se convencía de que su decisión de ser madre la convertiría en una bruja que, sin escoba y sin copular, tendría que fundirse con el diablo. ¿No era, al final, la maternidad asistida una forma de brujería, un acto de magia? ¿Y no era, en estos tiempos, casi un delito seguir trayendo hijos a un mundo que se estaba agotando?

Además, se preguntó: "¿Cómo saber si el semen anónimo que me inocularán en unos minutos será mejor que el de estos dos especímenes de carne y hueso que se esforzaron por plantar su simiente dentro de mí, a pesar de ser yo consciente de su prontuario?" La idea de un donante desconocido, distinto a esos dos hombres que conocía demasiado bien, la llenaba de incertidumbre, pero también de esperanza. Al menos, este semen anónimo no traería consigo la garantía de una vida minúscula.

Sus dedos rozaron los pétalos artificiales de la planta plástica. En ese gesto sintió toda la ironía de su mundo: rodeado de imitaciones de latidos, mientras la verdadera vida agonizaba fuera. El mundo seguía su proceso de autodestrucción y despoblación, culpando a las mujeres, a la reproducción, por el calentamiento global y por la destrucción del planeta.

Eva sonrió con amargura, pensando en las vueltas que daba la vida. Antaño, las mujeres ardían en hogueras por conocer los secretos de la vida y la muerte, por atreverse a controlar su propio cuerpo. Ahora, ella se sentía como una de esas brujas, pero al revés: una hechicera rebelde por querer crear vida en un mundo empeñado en extinguirse. El fuego ya no estaba en las plazas públicas, sino en las miradas acusadoras, en los susurros de condena. "Bruja", le dirían, no por impedir nacimientos, sino por atreverse a provocar uno. Y ella, como sus antepasadas, estaba lista para bailar en ese fuego, para convertir las llamas de la crítica en el caldero donde gestaría su propia revolución.

Su comunicador vibró de pronto. Era un mensaje de su hermana: "Eva, por favor, recapacita. Tener un hijo es una locura. ¿No ves que el mundo se está acabando?" Apenas terminó de leer, otra notificación apareció. Su hermano: "Hermanita, ser madre es un privilegio de ricos. ¿Con qué vas a mantener a un niño? Apenas puedes mantenerte a ti misma."

Eva sintió que le faltaba el aire. Cerró los ojos y casi pudo escuchar la voz de su padre muerto: "La maternidad te esclavizará, te hará más subordinada al sistema. Te domesticará. Justo lo que no querías, ¿recuerdas?" Algo dentro de ella se rebeló contra esos pensamientos. Eva comprendió que las voces no eran más que los ecos de un sistema que buscaba mantener a la sociedad aislada, atomizada, sin lazos sociales reales. Un mundo de relaciones epidérmicas, sin afecto ni compromiso, donde la falta de vínculos hacía a las personas y al sistema de consumo más rentables y domesticables. La decisión de no procrear, lejos de ser una elección libre, se había convertido en otra forma de control, una manera de perpetuar una sociedad de individuos solitarios, fácilmente manipulables. Eva estaba determinada a desafiar esa narrativa. Iba a procrear, a regenerar el mundo, a crear comunidad.

Apagó el cigarrillo y se levantó, lista para dirigirse a la clínica. En su bolso cargaba pocas cosas. El libro *Calibán y la Bruja*, de Silvia Federici, le infundía fuerza en cada paso. Eva supo que su decisión era un acto de resistencia ecofeminista, y eso que sonaba a mala palabra la llenó de alegría. Ella hacía una apuesta en un mundo que parecía rendirse.

Mientras caminaba hacia la clínica, Eva pensaba en el nombre de su futura hija. "Simone", decidió finalmente, en honor a mujeres francesas que habían pensado, dudado, que habían escrito, y se habían equivocado bajo ese nombre.

Con cada paso, sentía que desafiaba a un entramado de mentiras que había convertido la maternidad en un privilegio de clase, en una carga ambiental, en una forma de control que le producía asco. Ganó claridad frente al semáforo en rojo que demoraba su marcha, la decisión de ser madre era su rebelión en el 2050 contra la soledad impuesta, contra la desconexión forzada, contra la idea de que el amor y el compromiso genuinos eran obstáculos para el progreso.

Eva se sentía lista para volar, como las brujas del pasado, esas que nunca existieron más que en los ojos de millones de temerosos misóginos.



No necesitaba escoba; su determinación era suficiente para elevarse por encima de las expectativas y normas sociales. Pensó en el gato negro que la esperaba en casa, su compañero en esta aventura mágica de la maternidad, y cobró más seguridad.

El mundo podía estar acabándose, pero Eva estaba a punto de crear un nuevo comienzo, uno que no sería de plástico, sino tan real y vibrante como la vida misma. Sabía que su elección podría llevarla a la hoguera y convertirla en un estigma social. Ser madre primeriza a los 65 años no sería bien visto, pero estaba dispuesta a arder por sus convicciones, a ser la bruja que su mundo temía: **una mujer que elegía dar vida**, crear comunidad y plantar conexión por encima del aislamiento y la esterilidad emocional.

Frente a la puerta de la clínica, Eva tomó una respiración profunda. Con determinación, empujó el cristal y entró, lista para abrir sus piernas y dejar que la naturaleza tejiera lazos de vida en un mundo que había olvidado cómo amar. Miró el holograma y abrazó el proceso de su destino, dispuesta a ser la bruja que conjuraba con un futuro diferente, el futuro preferido y plausible lejos de la agenda política de su época, descreída del status quo imperante con el poder y la convicción de que su vientre y su voluntad eran las únicas cosas que se necesitaban para hacer magia en el mundo.

